

A la mesa de los inmigrantes

“Cuando terminó la guerra me llevaron unos amigos de mi madre a Cracovia porque mi mamá no podía tenernos a nosotros. Ahí pasé hambre. En la posguerra no había comida”. “La comida del Hotel de Inmigrantes era muy grasosa para mí, yo no estaba acostumbrada a esa comida. Los demás comían como fieras. Por lo general eran guisos”. “Aquí, cuando yo vine, los sacabas del puchero y el asado y no comían otra cosa. Había abundancia de todo pero la gente no sabía hacer”; “Pasamos de contrabando. Me daban terrones de azúcar y yo comía terrones calladito”. “Llegamos a fines de octubre al puerto del Río de la Plata, la impresión, recuerdo, que era bastante triste porque del océano azul, verdoso, cambiante, hemos llegado al Río de la Plata, agua con barro, que es el color del Río de la Plata”. “El capitán del barco me escribe un papel a ver si quería ca-



sarme con él. A partir de ahí comimos de primera”. Fragmentos de voces de mujeres y hombres que siendo niños se sentaron a la mesa del Hotel de los Inmigrantes. Estas voces, estos testimonios forman parte de la instalación sonora *Sobremesa*. Una mesa larga y dos bancos invitan al visitante a sentarse a compartir ocho relatos de inmigrantes llegados a la Argentina en la década del 40. “La instalación se inspiró en la idea de cómo habría sido un encuentro de inmigrantes de diversas nacionalidades en el Hotel de los Inmigrantes, pensando en un lugar específico que es el salón comedor”, contó Eleonora Biaíñ, una de las responsables de la puesta junto a Emiliano Biaíñ, Luz Algranti y Yael Tujsnaider. Con las voces de esas ocho personas llegan muchas más historias, historias que anidan en los visitantes y se reproducen a partir de las diferentes biografías. *Sobremesa* se exhibe como parte de la muestra “Economía y Política. 200 años de historia”, en la Casa Nacional del Bicentenario (Riobamba 985).